



Guadalupe Nettel

“No creo que sea provechoso negar el dolor”

La narradora mexicana elige temas de los que nadie quiere hablar. Con *Después del invierno*, una devastadora historia de amor y desencanto, acaba de ganar el Premio Herralde de novela. Por Jan Martínez Ahrens



La escritora mexicana Guadalupe Nettel.
Foto: Jaime Navarro.

GUADALUPE NETTEL (Ciudad de México, 1973) aprendió a ver en las sombras. Nació casi ciega del ojo derecho y, de niña, para mejorar su agudeza visual, le tapaban el izquierdo. La mitad del día vivía en un universo nebuloso, poblado de perfiles confusos; en la otra mitad, cuando le quitaban el parche, los contornos recuperaban su trazo preciso, los dedos volvían a tener huellas dactilares y los árboles, hojas. De aquellos años le ha quedado la mirada dual que domina su literatura. Una prosa nítida y penetrante por la que transitan personajes devorados por el espectro de sus obsesiones. La sombra y la luz, lo oculto y lo evidente, el ojo derecho y el izquierdo. Todo ello convive en su obra y emerge con mano maestra en *Después del invierno* (Anagrama), ganadora del Premio Herralde 2014. De su novela, de su vida y de su país habla Nettel sentada en un exquisito rincón del Instituto de Cultura Italiana, en Coyoacán. Son días de sangre en México y la autora los analiza con su mirada experta en tinieblas.

PREGUNTA. Su obra desprende una atmósfera muy densa, se aleja de la normalidad.

RESPUESTA. Me gusta señalar las cosas que la gente quisiera no mirar. En esos lugares pongo el reflector y encuentro la materia prima de mi literatura, es una especie de regocijo; por ejemplo, los hospitales, nadie quiere ir, nadie quiere plantarse ahí, pero ahí es donde descubres con quién cuentas realmente. Hablar de esos momentos es lo que a mí me interesa, siento que ahí hay mucho del ADN de la sociedad y de nosotros mismos.

P. Pero son escenarios muy dolorosos.
R. No creo que sea provechoso negar el dolor. Por el contrario, es importante enfrentarlo. En *Después del invierno*, un personaje muy enfermo se va a vivir junto a un cementerio para encarar el miedo a lo que le pueda pasar. Todos los días se despierta y ve tumbas. Mira de frente la muerte. En las sociedades occidentales no se acepta el fin. El médico te dice hasta el último momento que vas a sobrevivir. Tratan de dar una esperanza cuando ya no la hay. En cambio, si atravesamos el dolor de la pérdida, con todo lo que implica y sus etapas, puede haber un renacimiento, un resurgimiento de la vida. De ahí el título de mi novela.

La última obra de Nettel es el fruto de diez años de trabajo. Lo interrumpió para

escribir la autobiográfica *El cuerpo en que nací* (Anagrama), y más tarde el libro de cuentos *El matrimonio de los peces rojos* (Páginas de Espuma). Pero una y otra vez volvió a ese texto primero. En su trama,

con el ritmo de un juego de espejos, se entrecruzan dos narradores que viven fuera de su país, un cubano residente en Estados Unidos y una mexicana becada en París. El amor y el desencanto, por sobre

todo la fuerza de una realidad incesante y devastadora, marcan sus pasos. Nueva York, La Habana y París, con sus diferentes luces, acogen a unos seres solitarios, extranjeros de sí mismos, en cuyo interior

Sentencia de vida

Después del invierno

Guadalupe Nettel
Anagrama. Barcelona, 2014
270 páginas. 17,90 euros (digital: 13,99)

Por Carlos Zanón

COMO EN LAS VIEJAS películas. Suban a un taxi y ordenen: rápido, siga a esa chica. Intenten que el conductor deje de trastear con el GPS (algunos taxistas han dejado de ser Torrente para ser el primo torpe del Capitán Kirk) y no pierdan de vista a Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973), rutilante ganadora del Premio Herralde de este año. Nettel había sido ya finalista de ese premio en 2005 con *El huésped*, que también publicó Anagrama. Con ella son ya cinco los autores mexicanos que ganan el Herralde de los últimos diez fallos (Sada, Pitol, Villoro, Enrique y ahora Nettel). No, no la pierdan de vista porque la recurrente etiqueta de imprescindible nueva sensación de las letras hispanoamericanas desprende un aroma a comentario certero. Cuando uno acaba de leer esta novela. Cuando se recupera de ella. De su trabajo y su dolor, de la luz amarillenta de desesperanza y fe en nada, en seguir, en no dejarse caer porque a nadie importa que te caigas. Cuando lo consigues, mucho después de finalizar las 270 páginas de la novela. Cuando asumes que todos los muertos los llevarás dentro de ti días, meses, uno quiere leer más de Guadalupe Nettel. Lo cual imagino que es de lo mejor que puede pasarle a un escritor y a un certamen literario.

Es *Después del invierno*, una novela escrita desde cualquier lugar de la habitación menos desde el centro. Los personajes, las situaciones, los barrios y sus ciudades, los afectos y las amistades, los traumas y los miedos son esquinados, de

perfil punzante pero difícil de ver en una fotografía que no tenga su relieve ni granulado. Son postales, canciones, cartas, mensajes en contestadores, soliloquios nacidos y desarrollados en los márgenes, las cuatro esquinas del otro que quiero ser yo. Claudio —cubano, residente en Nueva York que trabaja en una editorial— y Cecilia —mexicana, vive en París y estudiante de tesis— son los personajes centrales pero ¿quién podrá olvidar a los magníficamente dibujados secundarios Ruth, Tom, Haydée, Susana...? Atrapados todos en la misma cápsula que les protege. Sus neurosis, sus excusas, sus heridas, su pertinaz manera de sobrevivir en un ambiente hostil o simplemente indiferente. Nettel nos sirve una novela sobre el extrañamiento. Los personajes están en otros climas y ciudades —míticas— que no son en donde nacieron. Han acudido hasta allí deformes, lisiados, huyendo de cuerpos, familias y culturas en los que nunca estuvieron armónicos ni integrados. Pero llegan a donde nadie les espera ni les ve ni escucha. Su existencia es la de bacterias que son rechazadas por el cuerpo al que acuden al ser portadoras del virus de la extrañeza, de la decepción. No las rechaza ese cuerpo con una muralla o una vacuna (París, Londres, el amor, la salud) sino que las asume para aislarlas y hacerlas inofensivas, irrelevantes, nada. Personajes que se desconstruyen y construyen con neurosis e inercias, cada vez con menos y peores piezas del rompecabezas. La vida no es una historia con final justo y feliz. La Nettel novelesca nos recuerda eso y que, en el mejor de los casos, conseguirás llegar a la conclusión de que tienes límites, de que hay cosas y sentimientos que no podrás tener o sentir, y con eso deberás elegir si quieres seguir adelante.

Es difícil transitar de un modo tan soberbio como lo hace Nettel por este paseo

entre vidas en apartamentos que parecen nichos y nichos que son pozos con un eco que nos recuerda que estamos vivos. En *Después del invierno*, Claudio vive una relación complicada pero solvente con una dopada mujer mayor que él y de posibles, Ruth, y arrastra el recuerdo de su primera novia, Susana. Claudio es solipsismo absoluto altamente rentable. El robot funciona hasta que quiere ser humano. Cecilia tiene una relación especial con Tom, un italiano de salud delicada y querencia por igual a comer bien y los cementerios. En París se encuentran Claudio y Cecilia y la novela parece tomar un cierto derrotero. Prosigue el deslumbramiento amoroso en Nueva York. Pero Nettel sabe lo que se lleva entre manos y coloca pétalos y espinas en cada rosa. Pasiones, fobias, miedos hacen que como bolas de billar unos personajes choquen contra otros. De un chispazo, aparecen el cariño, el deseo, la pasión, el tedio o un pertinaz detestarse. No hay soluciones ni respuestas. Como las grandes novelas solo preguntas y pequeños momentos de luz, armonía y soledad. Todo ello desarrollado con mucho talento. Con páginas que respiran y personajes que se levantan del papel así como los fantasmas que hay en ellos (Vallejo o el Cortázar parisiense), pero todo retorcido, personal muy cercano a ese Planeta Nettel que solo conoce ella. Los diálogos funcionan, las escenas —solo tenemos la sensación de embarrarnos en el sistema dual de explicarnos la relación de los días vividos por Claudio y Cecilia— son un caleidoscopio que no gira sino que va hacia delante. Buen principio, desarrollo y final con aroma a amarga fábula moral o amoral, aún no lo sé días después de su lectura. En taxi, en bicicleta o corriendo: sigan a esta escritora. Produce una inquietante y aterradoramente compañía leerla, casi como pasear un día de lluvia por un cementerio. •



va creciendo, como un dulce monstruo, el universo nettliano. Las obsesiones, la enfermedad, la muerte se constituyen en estaciones de un viaje con parada final fuera del túnel.

En este recorrido, la escritora mexicana, admiradora de autores como Emmanuel Carrère o Enrique Vila-Matas, deja que la realidad empape sus páginas y saca a relucir un humor afilado y también una

vitriólica disección del machismo. Pero con unos límites muy claros. "El arte solo puede servir al arte mismo. Para ser creativa tienes que callar al juez que llevas en la espalda, decirle: 'No hables ahora'. Recobrar ese espíritu primordial de juego y de libertad que tienen los niños. Si eso lo pones en manos del juez, no escribes tú".

Esta lejanía de la literatura de compromiso y sus cadenas, la combina Guadalupe Nettel, en su vida diaria, con una clara visión política del momento que atraviesa México. Una reflexión que expresa de viva voz y, en ciertos momentos, con pasión.

"Hasta que no miremos de frente lo que pasa en México, no vamos a poder hacer ningún cambio"

P. ¿Qué piensa de la desaparición de los normalistas de Iguala, de lo que está pasando en su país?

R. Es demencial y tristísimo. Espero que sea la gota que derrame el vaso. La gente lleva ya demasiado tiempo inmovilizada. La violencia es un tema que no trato directamente en mi literatura, pero que sí me interesa. Este es un país violento. Tres de cada diez mujeres son golpeadas. Ya empieza ahí, en la célula familiar. Y luego va escalando; pienso en la conocida analogía de la rana: dicen que si pones a un anfibio en agua hirviendo, salta; pero si vas subiendo poco a poco la temperatura se queda ahí hasta quedar cocinada. Nos hemos ido cocinando en ese caldo.

P. ¿Y cuál es el remedio?

R. No sabría decirlo, pero creo que el

cambio debe venir de la sociedad civil. La gente votó por el PRI para que pactara con el narco. En el sexenio pasado se cortaron las cabezas grandes, pero la hidra se multiplicó, y ahora es como un cáncer que se ha reproducido por todas partes. Hay miedo.

P. ¿Pero cabe el optimismo?

R. Como hija de sesentayocheros que creyeron que el mundo podía cambiar fácilmente, soy muy escéptica. Sin embargo, no me gusta serlo, porque pienso que en el escepticismo anida la inmovilidad. Y si no actuamos, las cosas no van a mejorar. Hay que moverse.

P. ¿Y qué hacer frente a la ultraviolencia?

R. Es lo mismo que pasa en las familias y las parejas: el fuerte vive hasta que el débil quiere. Vamos a tener que tomar conciencia de eso, porque de lo contrario no habrá ningún cambio. Eso no va a venir solo. Colombia, en su peor época, nunca estuvo como México desde el punto de vista de salvajismo y crimen sanguinario.

P. ¿Y por qué esa bestialidad?

R. Hay un disfrute del sadismo. Y hasta que no miremos de frente lo que está pasando, no vamos a poder a hacer ningún cambio. No es solo un aspecto de México, es el aspecto principal que debemos atender. No hacerlo es como sufrir gangrena en una pierna, y consolarse pensando que uno tiene otra pierna, una cabeza, dos brazos y un cuello. La gangrena está avanzando y hay que pararla.

Hace cinco años, Guadalupe Nettel volvió a México tras una larga estancia en Francia. La burbuja en la que vivía se rompió y, como tantos otros compatriotas, pasó a sentir bajo sus pies el temblor de un mundo subterráneo. Muchos días, como hoy, despierta entre pesadillas, con la serpiente de la violencia enroscada al alma. Es un miedo irracional, difuso como la neblina que caía sobre el mundo cuando era niña y le tapaban el ojo sano, el que permitía ver las hojas de los árboles, el rostro de las personas. •